

Una novela del
Circus de

JOHN
le CARRÉ

LA
DECISIÓN
DE **KARLA**

NICK
HARKAWAY

NICK HARKAWAY

LA DECISIÓN DE KARLA

Una novela del Circus
de John le Carré

Traducción de Milo J. Krmpotić

Título original: *Karla's Choice*

© John le Carré Ltd., 2024

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

© Imagen del interior: Shutterstock

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30906-2

Depósito legal: B. 14.643-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Mientras cruzaba Primrose Hill camino de las oficinas de Bánáti & Clay, donde su jefe, el señor Bánáti, presidía las carreras de las estrellas literarias menos deslumbrantes de Londres, Susanna Gero tuvo la sensación de que la ciudad al fin comenzaba a despertar de un profundo sueño invernal. En las ventanas amarillentas de los pisos y casas que reseguían el límite de la colina vio a gente que empezaba la jornada. Apenas por encima de St. Pancras, el sol se esforzaba al máximo. Su madre lo habría definido como «pasable», que era su reniego favorito. Había muchas cosas pasables, y ninguna mejor que esa mañana de lunes.

Giró hacia Ormonde Terrace y redujo la zancada. Era el precio de subir caminando hasta lo alto de la colina para disfrutar de la vista: había que volver a bajar por ese sendero lodoso que representaba un peligro incluso para sus zapatos planos. Mantuvo la mirada puesta en sus pies y extendió los brazos con la esperanza de que nadie la estuviera observando desde las ventanas de la hilera de casas adosadas y comparándola con los pingüinos que se encontraban a poco menos de un kilómetro de allí, en el zoo de Londres. Se había pasado los inviernos de la primera mitad de su vida yendo a la escuela con las calles nevadas, así que no iba a dejar que el barro la derrotara.

Llegó a la oficina pensando que encontraría al señor Bánáti

sentado a su escritorio, que era el del centro, siendo el suyo el de la izquierda y habiendo un tercero a la derecha. Pero la puerta estaba cerrada con llave y tuvo que abrir y encender las luces, lo que hizo que se sintiera incómoda de inmediato. El señor Bánáti se levantaba temprano —hábito de cuando estaba en el ejército, le había contado— y realizaba una serie de ejercicios absurdos concebidos por un suizo. Entonces se tomaba un café, comía lo que le hubieran subido de la panadería de la calle principal y se ponía a leer libros, en especial envíos de escritores noveles que buscaban representación. La oficina era tan pulcra y formal como inmensa la sala de correos: había una anciana mujer inglesa llamada Wright que acudía tres noches por semana a quitar el polvo y que se ataba un pañuelo en la cabeza a la antigua usanza. Todas las mañanas, al llegar, Susanna se encontraba en el lado derecho del escritorio de su jefe una pila de textos mecanografiados que este había descartado y que ella debía repatriar, y, muy de vez en cuando, alguno en el lado izquierdo para que le dedicara su atención. Ambas pilas estaban separadas solo por el retrato fotográfico de veinte por veinticinco centímetros que representaba su único efecto personal. Mostraba a un niño y una mujer, la copia era más antigua que el marco moderno que la contenía, y su presencia indicaba una especie de signo de puntuación en el diálogo que Bánáti mantenía consigo mismo: he hecho este trabajo, he llegado a este punto y ahora puedo descansar..., pero solo un rato, porque la literatura nunca duerme. Y entonces, cuando ella llegaba, comentaban los envíos.

«¿Qué le parece nuestra señora Chancellor? ¿Tiene lo que hay que tener?» O: «A nuestro señor Simmonds, ¿le irá bien? ¿Debemos admitirlo en el santuario?».

«No», había contestado ella con seguridad, pues era la tercera vez que Simmonds les mandaba algo y cada texto había sido

peor que el anterior. La señora Chancellor, aceptó en cambio, no era un espanto.

Esa mañana, el escritorio estaba desnudo salvo por la fotografía y un único lápiz blando, la herramienta de edición favorita del señor Bánáti, que esperaba la llamada a las armas. Esa simplicidad resultaba tan mendaz como absoluta. La composición del despacho era superficial y se acababa en el arañado protector de escritorio de cuero verde. En los cajones, que olían a madera pulida, reinaba el caos: más lápices; gemelos, galletitas dentro de sus cajas o no, pastillas de menta y un par de tirantes de repuesto; betún, gafas de lectura, una grapadora, recibos y facturas, y una caja para dinero, llena de monedas, cuya llave el hombre había perdido.

Aunque aún llevaba puesto el abrigo, Susanna sintió frío. La niebla también había entrado allí, invisible, pero notaba su filo en el extremo de los incisivos. Experimentó la necesidad de dar media vuelta y regresar a la calle, de estar en cualquier lugar que no fuera ese, y, como siempre, no encontró una gran distancia entre la idea y la acción. Es lo que distingue a los desplazados del resto de la gente: una comprensión más profunda de la necesidad de huir. No hay que preguntarse si es necesario. En caso de que no lo sea, por definición podrás volver. Sales y caminas sin detenerte, consciente de que el mundo a tu espalda ha ardi-do. Te diriges a la salida del pueblo y te buscas una camioneta de granjero, te enfrentas al rostro inexpresivo del conductor y a su cigarrillo búlgaro sin encender, que parece el cañón de una indiferente pistola. Le cuentas tu mentira: mi gente está en Tatabánya, en Győr. Tengo que volver a casa. Lo importante no es que te crea, sino que pueda decir que te cree. Compartes el espacio del asiento del copiloto con sus polainas y su licor, dejáis atrás los coches hundidos en el barro, los surcos de los tanques rusos. Rodeáis un pueblo porque se dice que están allí, os dirigís

a otro. El día deja paso a la noche y os detienen en un control de carretera unos granjeros patriotas con sus rifles patrióticos, pero ¿de qué tipo de patriotismo? ¿A qué Hungría pertenecen? Hay tantas... Les suena la cara de Mihály, el conductor. Este les dice que eres una prima y ellos saben que miente, pero todo va mejor. Se ríen: qué suertudo, Mihály. Te bajas cerca de Fertőd, notas el roce de sus labios en la frente, como una especie de bendición sagrada mientras te señala el camino y su aliento es una nube de humo. Unos ojos tristes te ven partir, casi a la sombra del palacio. Recorres los últimos kilómetros a pie y cruzas la frontera entre los árboles, llegas a tu destino casi sin darte cuenta, así que sigues escondiéndote y asustándote con las sombras hasta que te detiene un policía de uniforme austríaco y te pones a llorar, lloras, lloras contra su hombro desconcertado, contra las solapas de lana áspera. No verás a Mihály nunca más, no intentarás encontrarle porque eso le metería en un aprieto. Escribes a tu madre y recibes un mensaje que te informa de su detención, del arresto de tu padre. Esperas, y esperas, y esperas a saber de su liberación, y sigues esperando hasta que te olvidas de que lo estás haciendo, y entonces te limitas a vivir.

Miró su reflejo en el cristal de la ventana. Tienes veintitrés años, no dieciséis. El cristal encaja cómodamente en el marco, lo cortaron con la medida correcta y es de una calidad respetable. Estás en Londres, no en Budapest. El año es 1963. Quédate, pues, esta vez.

Cogió el trapo y la llave de latón de la repisa de la ventana y purgó el aire de la parte superior del radiador, lo oyó borbotear, apartó la mano de golpe cuando el agua caliente llegó al cierre y comenzó a salir entre burbujas. El calor hizo que la habitación resultara menos inquietante y el sol estaba ya lo bastante alto para que las bombillas de sesenta vatios alumbrasen el espacio en vez de oscurecerlo. Puso el café sobre el fogón y levantó una

pila de novelas al azar del lugar donde esperaban, en el tercer escritorio. Era el del señor Clay y no se utilizaba nunca porque el señor Clay era un *ruse de guerre*. La gente se sentiría más atraída por la agencia, decía el señor Bánáti, si había dos nombres en la puerta, y mejor aún si el extravagante arte *mitteleuropäisch* del primer apellido quedaba equilibrado por el pragmatismo sajón del segundo. Escogió tres propuestas cualquiera de la pila —nunca vayas de arriba abajo, porque o bien descartarás los últimos manuscritos por estar enterrados al final de todo o bien los sobrevalorarás por lo mucho que has tenido que escarbar para llegar hasta ellos— y los dejó a un lado. Se paró delante del escritorio vacío.

La fotografía estaba boca arriba, como si él hubiera estado contemplándola. Por un momento se preguntó si habría sacado el lápiz para dibujar un bigote sobre el cristal, si la historia que hubiera entre los dos personajes de la foto no habría salido a la superficie con un burbujeo esa mañana. Pero no, esa mañana no. Debió de ser la noche anterior, después de que ella se fuera a casa: él debió de regresar a la oficina cuando ya era tarde y sentarse allí. Quizá lo hiciera a menudo y Susanna no hubiera encontrado señales de ello hasta entonces. Pero su instinto le dijo que no era así, que eso era algo novedoso, y que se trataba del tipo de novedad que acarreaba problemas. Nada más llegar a esa conclusión, llamaron a la puerta.

Susanna tenía las excusas preparadas: el señor Bánáti estaba indispuesto, un asunto familiar. Ignoraba por completo si tenía familia. Suponía que sí —la mujer y el niño—, pero él nunca los había mencionado. También suponía, por su apellido, que era húngaro, igual que ella; que había comprendido el exiguo enmascaramiento consistente en quitarle las zetas a «Zsuzsanna», y que la había contratado por ese motivo, aunque nunca lo habían comentado. Con ese silencio habían alcanzado, pensaba

ella, el tipo de afecto que brota de la ausencia de obligaciones, de modo que eran, el uno para el otro, un lugar donde refugiarse de cosas más difíciles. No hablaban del viejo país, ni de la razón por la que estaban allí. Todo el mundo tenía sus razones y solo un idiota habría esperado que fueran las mismas.

Abrió la puerta y dio los buenos días, y el hombre que tenía delante se los devolvió. Él sonrió y ella sonrió, y se les dio muy bien ese intercambio de cortesías, así que ella tuvo la sensación de que conspiraban agradablemente para hacer que todo fuera normal pese al despacho vacío que tenía a su espalda y a la decepción inminente del hombre cuando preguntara por el señor Bánáti o quisiera saber si su texto había tenido una recepción favorable. Aún no, le contestaría ella antes de tomar su nombre y de prometerle que pondría su libro en lo alto de la pila. Quizá hasta lo hiciera, o quizá Bánáti ya lo había rechazado. Vendría a ser más o menos lo mismo: un día normal.

Pero entonces él rompió filas, la traicionó por completo, así como la complicidad que había ido creciendo entre ambos. La miró a la cara y la escudriñó debidamente por primera vez, y —a la vez que ella se daba cuenta de que le había visto por la ventana unos instantes antes y le identificaba, con un instinto femenino joven pero no falto de experiencia, como hombre problemático de mayor edad que la suya— vio o sintió la bomba que estallaba detrás de sus ojos. Él levantó la mano con torpeza, casi sin querer, y la dirigió hacia ella, que la atrapó en el aire y notó las callosidades de las yemas de los dedos, con lo que reconoció a una persona que tenía lo que el señor Bánáti describía a veces como un trabajo de verdad. Susanna le observó de la misma manera que él a ella, con una curiosidad sincera y nada inglesa por ambas partes, como si una mayor intimidad entre los dos no solo fuera inevitable, sino que además en cierto sentido hubiera existido ya. No estaba, gracias a Dios, rela-

cionada con el sexo. No había indicio de una vergonzosa aspiración romántica ni en su postura ni en su expresión. Era algo mucho más perturbador y fuera de lugar: una necesidad febril que iba más allá de la lujuria y se adentraba en el alarmante territorio de la fe.

Era bajo y corpulento y olía a cigarrillos Ropotamo; su aroma inconfundible había llegado hasta ella cuando él levantó la mano y la apartó, devolviéndola con un ligero aleteo a su pecho, sugiriendo que no tenía nada clara esa retirada y que quizá debería reconsiderarla. Era la misma indecisión que le había llamado la atención cuando él estaba fuera, en la calle, y primero la cruzó para ir de la parada de autobús a la carnicería, y a continuación al puesto de diarios, y por último de nuevo a la parada de autobús, de manera que ella había observado, distraída, sus movimientos mientras el café borboteaba y él volvía sobre sus pasos, ora retrocediendo, ora avanzando, siempre mirando hacia el cielo, hacia el suelo y a los ojos de cualquier transeúnte que pudiera tener la respuesta que estuviese buscando con tal intimidad que estos le evitaban como buenos feligreses navideños al encontrarse con un vagabundo.

Entonces se había producido un período de agotamiento o parálisis en que el hombre se apoyó contra la pared y bajó la vista hacia sus zapatos: oscuros, modestos, a juego con los cigarrillos, con unos pantalones que eran buenos, pero desde luego no excelentes. Un impermeable largo, abotonado, normal y corriente, colgaba de sus hombros encorvados y le llegaba a las rodillas. Un ridículo sombrero loden, con toda probabilidad austríaco, pues parecía caro, completaba el conjunto. Un hombre cansado y triste, que se acercaba a los sesenta, de rostro arrugado y eslavo, con la herencia del dolor de los eslavos grabada en él. Susanna pensó en los ancianos que, sentados en una cafetería, seguían lamentando el asedio de 1541.

Y luego estaban esos dedos, con callos en las yemas e hinchados alrededor de los nudillos, a causa de la artritis o del boxeo, o quizá de ambos, que él entrelazaba fruto de la emoción.

—Te llamas Ana, y tu madre se llamaba Cintia, y tu abuela se llamaba Eniko, y en otra vida fui tu padre, y eres una señal de Dios. —Después de soltar esa información, la observó a la espera de una respuesta adecuada.

Ella no la encontró de inmediato.

Supuso que era, o podría ser, Ana. No obstante, con su madre y su abuela se había equivocado. Tampoco podía decir con una certeza absoluta si era una señal de Dios, aunque tenía serias dudas al respecto, así que se dispuso a decirle que no. Pero, en el momento en que comenzaba a hacerlo, para su enorme bochorno, él se tiró al suelo y se postró cual peregrino, con los brazos extendidos haciendo la señal de la cruz, como si ella fuera una reliquia sagrada y él hubiera recorrido cientos de kilómetros para verla.

—¡Miki! —le dijo de repente a la gastada moqueta de color verde oscuro y las trampas para polillas—. Me llamo Miki. He venido a matar a tu jefe, el señor Bánáti, siguiendo la orden personal de un oficial de alto rango del Decimotercer Directorio del Comité para la Seguridad del Estado de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Pero he cambiado de idea. Me llamo Miki, y Dios me ha dicho que tengo que dejar de cometer asesinatos.

Lo que ella hizo a continuación fue —tal como le dijo Toby Estherase más tarde, como si Susanna no lo hubiera sabido— una auténtica locura. Al contemplar la situación en retrospectiva, decidió que esta la había estado esperando desde la noche en que huyó de Budapest y que solo entonces había conseguido al

fin hincarle los dientes. Podría haber llamado a la policía, eso caía por su propio peso. En su detrimento, podría haberle pedido a Miki que se las apañara él solo y que volviera a rendirle cuentas después de hacerlo. Al fin y al cabo, se trataba de un espía extranjero perfectamente capacitado, que sin duda conocería numerosas maneras de entregarse. Ninguna de esas opciones requería de ella que se involucrara en persona en el fondo del asunto.

A la sazón, no le pidió a Miki que se fuera a alguna otra parte, sino que entrara y se sentase en una de las sillas, y le informó de que, si deseaba mostrarse útil, podía leer algo de la pila de manuscritos no solicitados. Lo encerró en la oficina y salió al exterior, recorrió con rapidez los quince minutos a pie que la separaban de la calle de mansiones en la que estaba el apartamento del señor Bánáti. Se sentía furiosa con él por correr ese peligro y por no haberle dicho que ese tipo de cosas podía suceder en la industria editorial. Tenía toda la intención de echarle la bronca por ello, pero eso tendría que esperar a que se asegurara antes de que el hombre estaba a salvo. No pensaba aceptar —no era capaz de hacerlo— que pudiera estar herido. Por razones que en ese momento no podía expresar con propiedad, eso le parecía inadmisibile.

La llave de repuesto estaba en el llavero de la oficina, y el portero la conocía de alguno de los actos de sociedad que de vez en cuando habían celebrado en el lugar para clientes especiales, encumbrados. Subió en el ascensor hasta el tercer piso, se encontró la luz apagada mientras la del sol apenas se filtraba en ese pasillo de orientación este-oeste. Se dirigió al número seis y llamó a la puerta. No contestaron. Volvió a llamar, esa vez más fuerte, preguntándose si Bánáti estaría solo u ocupado con algún asunto privado. Su agenda social estaba bastante llena, y parecía especialmente popular entre un tipo de mujeres ingle-

sas de más de treinta años que aspiraban a encarnar la categoría de «bohemias».

—Señor Bánáti —le llamó en voz alta—, lo siento mucho, soy Susanna. Zsuzsanna Gero, de la oficina. Hay un asunto urgente. Me temo que no puede esperar. ¿Me oye? —Y, al no recibir respuesta, añadió—: Voy a abrir la puerta.

Contó hasta cinco e introdujo la llave en la cerradura, esperó otros cinco segundos con la esperanza de que le abrieran desde dentro y a continuación la hizo girar. La puerta se abrió con facilidad.

Su mente le ofreció algunas imágenes de lo que podría encontrarse. A Bánáti durmiendo en el sofá, en ropa interior, los calcetines y las ligas visibles al final de la manta. A Bánáti desnudo, dirigiéndose hacia la puerta. A Bánáti con un agujero en la cara, igual que el del anciano en el arcén a medio camino entre Csorna y Kapuvár. Estrangulado, acuchillado, colgado, envenenado, hecho pedazos: Bánáti como un museo del castigo, aunque se dio cuenta de que aún no tenía ni idea del motivo por el que podrían haberle castigado. Por promulgar literatura decadente, casi erótica. Por contar chistes malos en las fiestas. Por crímenes contra la dignidad del proletariado, principalmente la suya propia, ya que él era proletario. Susanna no tenía la menor duda al respecto. László Bánáti no procedía de ningún alto estamento. Ni siquiera provenía de una ciudad. Le había contado que se crio en una zona agrícola, y ella le creyó. De pequeño era flacucho, le dijo, dándose golpecitos en el vientre. Las cosechas nunca eran tan buenas como debían.

Hundió los hombros, preparada para volverse ante la visión de un cadáver o un jefe inesperadamente desnudo, y entró.

Se preguntó si no debería haberse quitado los zapatos. Al lado de la puerta había una cesta con zapatillas de andar por

casa de lana con la suela de piel para los invitados. Zapatillas de duende. Zapatillas de Nochebuena. Las dejó donde estaban.

Una luminosidad gris e invernal atravesaba las ventanas modernas, encaradas hacia el sur. La moqueta era blanca, sin manchas de sangre. No había barro ni huellas en su tupida felpa. Un sofá de cuero blanco, las patas cromadas. Sillones a juego, tres negros y dos blancos. Ni una sola salpicadura de color rojo. Ni rastro de pies de mediana edad ni de ropa interior femenina. Una larga barra de madera oscura, para servir el desayuno o los cócteles, o ambas cosas. Bánáti estaba orgulloso de ella, de su carácter novedoso. Le gustaba estar a la última. Las copas enjuagadas y en su sitio. Ninguna botella de champán abierta. Ningún picahielo.

Al lado de la ventana, un cenicero de vidrio grueso de color marrón, limpio. Una bandeja de plata que contenía seis pequeños cuencos, grabada y muy elegante, con frutos secos y olivas. Revistas que iban de lo lustroso a la impresión tosca pero de contenido intelectual. Volvió a llamarle, ya sin esperar respuesta.

Sintió el soplo de un movimiento en el aire y oyó algo, un sonido tan grave y vago que apenas merecía esa catalogación, y se detuvo de golpe.

¿Por qué estaba allí? Era evidente, para avisar a Bánáti. Pero, si debía tomarse a Miki al pie de la letra, ¿de qué tenía que avisarle? La fuente de peligro estaba en ese momento sentada a su escritorio, presa de la revelación religioso-patológica que había sufrido. A menos que, tal como había oído decir de niña, los asesinos rusos viajaran no en solitario, sino en grupo. En ese caso, podía haber uno en ese lugar, o más de uno, y ella había sido una idiota.

El mismo susurro otra vez, procedente de la habitación contigua. Debía irse, era evidente. Tenía que salir de allí y pedir ayuda. Buscar refugio, dejar que otra persona se encargara del

resto de la historia de Miki, que fuera otro quien encontrara el cuerpo de Bánáti, o a Bánáti con vida.

En cambio, avanzó. El aire frío, ya indiscutible, recorrió sus brazos y su nuca. Tiene un gato. Tiene un perro. Alguien sin relación con ese asunto le está robando. Me lo estoy imaginando todo.

Abrió la puerta del dormitorio y estuvo a punto de gritar al ver en su interior a una figura alta, que llevaba puesto el abrigo Burberry y el sombrero de Bánáti. Se echó hacia atrás, estuvo a punto de caerse y se golpeó el codo contra la puerta. Soltó un chillido y, un instante después, reconoció a su asaltante como un perchero.

Volvió a entrar, temblando aún.

La ventana estaba abierta unos quince centímetros y los visillos se movían a una con la brisa. Alguien había hecho la cama después de dormir en ella. En el centro del edredón había una marca rectangular: una caja o, lo más probable, una maleta.

Miró a su alrededor en busca de algo más. En la oficina, la pulcritud de Bánáti era solo superficial. Tenía que haber un lugar —un armario, una habitación, un cajón— donde sus reflexiones e ideas incompletas se apilaran las unas encima de las otras. O quizá hubiera dejado una nota.

En el otro extremo del pasillo había un pequeño despacho. Entró y se sentó al escritorio, lo abrió todo a la vez. El mismo desorden: bolígrafos, chocolate, gafas viejas. La corbata de seda que le había regalado un escritor por su cumpleaños. Una pila de postales, sin texto, procedentes de destinos turísticos. A Bánáti le gustaba usarlas, en vez de los cartones en blanco, cuando enviaba un libro a la consideración de alguien. Otra copia de la fotografía en un marco idéntico. Más lápices.

Y, sujeto con una goma elástica, un fajo de cartas en francés, franqueadas en Viena y dirigidas al señor László Bánáti, Londres.

Las sostuvo contra el pecho y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Menos de una hora después, Susanna subió los resbaladizos escalones de piedra de un edificio que hacía esquina en West Hampstead. Miki la seguía con los ojos muy abiertos, como si fuera un turista y los helechos de las macetas, el equivalente del palacio de Buckingham. Ella pensaba que lo más probable era que no estuviese bien de la cabeza y, de camino, primero a pie y luego sentados los dos en el piso inferior de un autobús Routemaster que no dejaba de traquetear, con las cartas de László Bánáti aún pegadas al pecho, se había preguntado una vez tras otra si no debía limitarse a decirle que no. No a las epifanías religiosas y a los espías rusos, no a sus recuerdos inoportunos, no a su sombrero ridículo. Pero Miki había invocado un vínculo entre ambos que —por muy fantástico y febril que fuese— ella también notaba. Los británicos hablaban de «refugiados» porque lo que buscaba uno era refugio, y el término húngaro era *menekült*, «alguien que ha huido», pero en alemán eras un *Flüchtling*, que significaba lo mismo pero también, en un sentido más profundo, se refería a un ciudadano de la nación de la huida. De repente, los dos somos fugitivos, pensó, y aceptó que tenía unas obligaciones en ese particular.

Bánáti se había marchado. Sin avisar. Contra su costumbre, se había quedado hasta tarde el viernes, había hecho la maleta y había desaparecido. Ahora que lo pensaba, se había mostrado distraído durante los días anteriores, como si de alguna manera hubiera sabido de la llegada de Miki. Ella no había encontrado nada en su registro somero e impropio de la correspondencia de la oficina, nada en la papelería, nada en los cajones; menos que nada, porque la pesada caja del dinero —absurda por estar

siempre cerrada, pero tranquilizadora por su peso, como si el almacén completo de Bánáti & Clay descansara sólidamente sobre un conjunto de lingotes de oro contenidos en ese espacio secreto— había desaparecido.

Miki había observado su investigación con la cortesía que los profesionales guardan hacia los novatos que dan sus primeros pasos sobre el terreno, de modo que una conjetura horrorizada la había asaltado con un espasmo cuando se preguntó si ese hombre no estaría, después de todo, al acecho, si no estaría usándola para seguir al desaparecido Bánáti y había urdido para ello ese ingenioso engaño. En ese caso, ya debía de estar dándose cuenta de que había acudido al lugar equivocado, porque cada vez resultaba más evidente que ella no tenía ni idea del paradero de Bánáti, ni de quién era en realidad, ni de la forma de dar con él, y sin duda el paso siguiente consistiría en silenciar a la testigo de ese plan fallido. Pero no había mostrado ninguna señal de que fuera a hacer eso; se había quedado sentado y sumiso frente a ella, en el asiento de fieltro estampado, a la espera de una nueva orden. Como Fausto, ella le había conjurado: en nombre de Ana, que no soy yo, y de mi madre, que en su sabiduría escogió a otro marido, y de la madre de mi madre, que sin duda también tenía sus propias opiniones, cumple mi voluntad. Y él lo había hecho, lo cual carecía por completo de sentido.

Susanna no tenía cabeza para eso —para esconderse y asustarse ante la presencia de cualquier sombra—, ya no, y quizá no la hubiera tenido nunca, y, si pensaba acabar haciendo lo correcto, lo correcto en ese momento era obtener ayuda. Necesitaba alguien en quien confiar, y Bánáti no se encontraba disponible, por definición. Necesitaba algo parecido a un amigo.

Y por eso se había dirigido al edificio esquinero de la hilera de casas de ladrillo rojo de Broomsleigh Street, que albergaba la agencia de servicios de secretaría Adams, en la que Genevieve

Adams, una mujer pequeña y angulosa nada conformista, llevaba dos décadas proporcionando estructura a las vidas de los poderosos con la claridad austera y sencilla de un simple reloj de mesa. Había dirigido con idéntica meticulosidad las oficinas de un obispo y de un magnate industrial; dos altos magistrados habían sido incapaces de operar sin su agenda mágica, y uno de ellos había acabado ascendiendo a juez de la Cámara de los Lores y la había tenido allí durante cinco años, hasta que se cayó de un caballo durante una ceremonia oficial y, desgraciadamente, eso puso fin a su carrera. A continuación, en virtud de su testamento, la señora Adams fue responsable de la jubilación del caballo, hasta que este también regresó con su hacedor. En ese momento estaba especializada en el suministro de mentes administrativas de confianza, adiestradas según los patrones que ella consideraba adecuados, y aceptaba no solo a chicas británicas que hubieran huido de unas familias que se oponían a que las jovencitas recibieran una educación y emprendieran una carrera profesional, sino también a recién llegadas que tuvieran aún los zapatos sucios por el polvo del camino.

En algún punto del devenir de la vida —su origen exacto era desconocido, aunque se habían comentado exhaustivamente todas las posibilidades, desde la policía metropolitana hasta las trastiendas de los teatros del West End— había conseguido una socia comercial lo más diferente a ella que se pudiera encontrar.

Rose Jeremy era fuerte y corpulenta, de manos grandes y una espesa pelambreira rizada de color castaño que empezaba a volverse gris, y, si creía en alguna doctrina religiosa, esta era excepcional y le pertenecía a ella sola. Guardaba luto por alguien, solía sentarse a solas a mirar por la ventana dedicada a un recuerdo o ausencia que no se comentaba en voz alta. En su aflicción, igual que en el resto de su vida, era franca y carecía de pudor. Se le podía plantear cualquier problema que resultara

demasiado vergonzoso y humano para la señora Adams. Sabía guardar secretos y sanar los corazones, y, cuando la situación así lo exigía, se encargaba de expulsar a los amantes indeseables. Susanna la había visto haciéndolo, primero de manera cortés y luego con más énfasis. Cogía al joven por el cogote, lo conducía hasta la puerta y este apenas tocaba el suelo en ese trayecto entre el salón y la calle. Se rumoreaba que la señora Jeremy solía ganar concursos de pulsos en los bares; que había servido de forma distinguida durante la guerra y que era posible que en algún momento Jeremy hubiese sido su nombre de pila. Tanto daba que esas cosas fueran ciertas o no. La señora Adams se encargaba de conseguirte un empleo y no había maraña de papeleo ni asunto delicado en relación con las normas o la etiqueta, por complejo que fuera, que ella no pudiera desenredar con el tiempo. Pero la señora Jeremy podía responder a cuestiones que uno mismo no sabía cómo abordar y, hasta allí donde llegaba su vista, no había mal —trivial o comúnmente aceptado— que pudiera ejercer su dominio.

Como licenciada y antigua residente —la agencia ofrecía alojamiento a chicas solteras en sus pisos intermedios—, Susanna era siempre bienvenida y aún guardaba una llave del lugar, pero la norma dictaba que quien trajera a un invitado debía llamar al timbre. En teoría, los invitados masculinos estaban prohibidos en toda circunstancia, pero ese decreto solo se aplicaba de manera estricta en el contexto de los hombres a los que no se deseaba tener como invitados. A juicio de Susanna, Miki era menos un invitado que un paquete que había recibido por error, o una inquietante mascota de la que le habían pedido que cuidara, pero en cualquier caso tuvo que llamar al timbre. Se apoyó sobre él y al cabo de un instante la señora Jeremy abrió la puerta. Su sonrisa no se alteró en ningún momento mientras miraba al hombre, fijándose en sus zapatos oscuros y su rostro

arrugado, en algo indefinido en su axila izquierda y en algo más debajo de la rodilla, y por último en sus manos nudosas.

—¿Sí? —dijo la mujer.

—Viene conmigo —contestó Susanna—. Es inofensivo.

Era una idea absurda a primera vista, pero que consideró cierta en un contexto inmediato.

—Me llamo Miki —dijo él, y Susanna le puso una mano en el hombro antes de que pudiera añadir que era un asesino profesional que buscaba un nuevo empleo y que ella era una señal divina.

Los ojos marrones de la señora Jeremy sopesaron tanto a Miki como a ella, calcularon la distancia que los separaba y acabaron escudriñando el rostro de Susanna en busca de alguna reserva o pesar oculto. Por último, suspiró.

—A los huérfanos y descarriados, dicen, ¿no?

—Sí —coincidió Susanna, satisfecha de que las palabras hubieran sonado en voz alta—. A los huérfanos y descarriados.

En el ala oeste del edificio principal del Circus se encontraba la centralita, que operaban los caseros entre las seis de la mañana y la medianoche, y que, por tanto, quedaba bajo el ámbito del funcionario de guardia. Con la notable excepción de la línea directa en el escritorio de Control, que le comunicaba con el ministro y, en tiempo de guerra, con Downing Street, las llamadas telefónicas que entraban y salían del Circus lo hacían a través de esa sala. En momentos de crisis —como los que esa última década había arrojado en una cantidad superior a lo deseable, desde Suez hasta Cuba pasando por todos los puntos intermedios— podía haber hasta doce operadoras en la centralita, pero en general su número se limitaba a cuatro.

A la una y cinco, según el diario de llamadas, Lily Rippon contestó una llamada a uno de los números que Correos tenía la

bondad de reservar para uso del Circus mientras los mantenía listados, incluso a nivel interno, como negocios falsos del norte del país.

—Anderson Limited...

—Tengo que hablar con la señora Kemp —dijo una mujer—. Es por un amigo.

—La paso ya mismo —contestó Lily—, pero déjeme su número por si se corta la comunicación. —Escuchó y anotó el número, que, si la mujer se había ceñido al guion, sería su identificación y se correspondería con una entrada del registro en la que aparecería su verdadero nombre y su dirección. A continuación desconectó su micro y abrió un circuito interno. Kemp: jefe de sección. Amigo. Posible relación con Rusia—. ¿Señora McCraig? —dijo—. Es para usted. Una corista.

Los caseros ocupaban una posición anómala dentro del Circus. Sobre el papel no eran responsables de recabar información de inteligencia, así que teóricamente operaban al mismo nivel que la Sección de Banca, donde se aparcaba a esos hombres que ya no eran viables sobre el terreno, pero que carecían de talento para planear o supervisar hasta que pudieran obtener una pensión. Formado en su mayor parte por mujeres que habían vestido de uniforme durante la guerra y nunca se habían desprendido de él en espíritu, o por sus hijas, ese servicio se encargaba del tipo de trabajo que los miembros más pasionales dentro de la jerarquía del Circus solían subestimar. Eran los caseros quienes identificaban, obtenían y modificaban las propiedades que se podían utilizar como pisos francos. Eran los caseros quienes compraban los billetes de avión, los vehículos de uso general y los mapas topográficos detallados, y quienes se encargaban del mantenimiento del absurdo almacén de Eltham que contenía, entre otras cosas, los listines telefónicos de todas las naciones de Europa. Y también eran los caseros quienes re-

clutaban en primera instancia e investigaban al personal de oficina para el Circus y las embajadas, y en consecuencia mantenían vigilados a sus miembros no fuera que se corrompieran..., o, con un poco de suerte, por si en el ejercicio de su labor se topaban con algo que oliera, aunque de manera difusa, a la mano de un tercero.

En la práctica, pues, la responsable de los caseros no solo mantenía las luces del Circus encendidas y esquivaba las mezquindades cotidianas de Hacienda, sino que también presidía de facto una de las principales redes de seguridad individuales y pasivas del mundo. Los coristas no se proponían ocupar la parte central del escenario, pero de vez en cuando ofrecían el imprescindible punto de partida o final al espectáculo.

—Pásamela —dijo Millie McCraig—, pero quédate conectada y toma notas.

Unos instantes después abandonó su despacho y subió la escalera cargada con una bandeja con té del reluciente dispensador de la cocina. Al cabo de diez minutos regresó y dio una serie de instrucciones. La primera fue que Lily debía traspapelar sus notas hasta nuevo aviso, y luego tomarse el día libre. Le dio a entender que la orden la había dado Control directamente. Segundo, quería un piso franco disponible en la zona de Londres, y que lo preparasen para un ocupante y una niñera. Entonces volvió a entrar en el despacho e hizo una llamada a Oliver Mendel, que acababa de regresar a los servicios especiales de Scotland Yard después de pasar una temporada en un paraje secreto, y le pidió cortésmente que se dirigiera a Broomsleigh Street con rapidez.

—¿Con cuánta rapidez? —preguntó Mendel.

Lo ideal sería que ya llevara allí una hora, contestó Millie McCraig, pero la segunda mejor opción es que llegara ya mismo.

—De acuerdo —había dicho Control en su austero despacho del quinto piso. El año no estaba lo bastante avanzado para que en la estancia hiciera calor, así que seguía haciendo un frío glacial y Control llevaba puesta una chaqueta de lana rala que por alguna razón no lograba ocultar el perfil de sus costillas. Cuando volvió la cabeza, la luz de la lámpara del escritorio se reflejó en sus gafas y sus demás rasgos se esfumaron—. Le quiero. Pero le quiero para mí solo, ¿me entiendes? Nadie más. En lo que respecta al resto del Circus, no es más que otro tipo de tercera fila. Y tal vez acabe siendo así. Para consumo general: un servicio amigo le ha dejado en la estacada y a él le falta imaginación para reincorporarse. O quizá lo han hecho público y está asustado con razón. Es de nivel bajo, a duras penas vale la pena que perdamos el tiempo con él; vamos a exprimirlo y a conseguirle un trabajo como civil. Nombre en clave..., algo de Gilbert y Sullivan. Frederick. Marmaduke. Stanley. Tramita la documentación como si tuvieras mejores cosas que hacer. Ponlo en la cola para Sarratt con normalidad, pero no lo mandaremos allí mientras yo no esté listo.

Millie McCraig asintió con la cabeza.

—Necesitará una niñera.

—Tom Lake, de Viajes. Tráetelo de Brixton, dile que se lo he pedido yo. Y dile que se trata de un servicio de castigo y ha de dejárselo claro. Me ha ofendido con su bárbaro ateísmo. ¿Es ateo?

—No lo sé. Es probable.

—Bueno, si no lo es, dile que me opongo a su devoción pusilánime. ¿No quieres tomar nota?

—No es necesario, gracias.

—Una cosa más: quiero a Smiley.

—Conseguiré a Sam Collins.

—Yo te pido a Amadeus y tú me ofreces a Clementi. No,

Millie, Collins no. Ni Collins, ni Haydon, ni Esterhase, ni el maldito idiota de Alleline. Y tampoco quiero a Bobby Maston, ni al dueño del Dog and Duck. Quiero a George Smiley. —Agitó una mano exasperada, casi traslúcida, como si estuviera demasiado cansado para tolerar su desobediencia—. Smiley. Hazlo posible.

—¿Te das cuenta de que no puedes ordenarle que regrese?

—No le estoy ordenando que regrese. Te estoy ordenando a ti que hagas que regrese. —Al otro lado de las gafas, unos ojos desagradables y cómplices se clavaron en ella.

—No va a cambiar de vida solo porque yo se lo pida.

Y qué cierto era, por desgracia. Una oscura mañana de otoño del año anterior, después de que pasaran todas las cosas malas, con ánimo de comenzar de cero y desafiando la sencillez de su propia convicción religiosa, ella le había sugerido que hicieran las maletas y huyeran juntos, para siempre. Podían ir a Nueva Zelanda, le dijo, donde su hermana tenía una granja. Smiley se mostró muy cortés.

—En efecto. Pero me figuro que podrás conseguírmelo durante una semana o así. Quizá solo cuarenta y ocho horas. ¿Puedes?

Millie era consciente de que debía decir que no y dejar en paz a George.

—Sí —contestó.

Después de todo lo que había pasado, el Circus estaba disfrutando de un pequeño auge. La preferencia de Control por una recopilación de información paciente, frente al estilo intervencionista de los estadounidenses, parecía una elección más sabia a la luz de Jrushchov y Kennedy, y, si algunas personas —se refería a Bill Haydon— querían ver más acción, podían encontrar maneras de hacerlo sin poner el mundo patas arriba.